

cabeatas, y que éste se marchó á Rota sumamente contento, bien que fuese diciendo por el camino :

—¡ Qué hermosas estaban en el mercado ! ; He debido traerme á Manuela, para comérmela esta noche y guardar las pepitas !

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

Lecturas sobre el arte de educar

VI

CUALIDADES MORALES DEL MAESTRO

Se ha dado al oficio de enseñar el nombre de sacerdocio. El término no es exacto, porque el sacerdote es por esencia mediador entre Dios y los hombres, y su principal atribución es la de satisfacer, por la oblación del sacrificio, la justicia divina. Eso es el sacerdote en todo tiempo, en toda religión. Pero Jesucristo confió, además, á sus discípulos el encargo de enseñar á todas las gentes, predicar á toda criatura el Evangelio ; y así, si no todo maestro es sacerdote, todo sacerdote católico es, por mandato divino, maestro.

Dada la comunidad parcial de atribuciones entre el institutor y el sacerdote, no extrañaréis que os diga que se requieren en el primero muchas de las virtudes que en el segundo se exigen. Ya os hablé del papel preeminente que ocupa la educación moral en el arte de perfeccionar al individuo ; y ella consiste en enseñarle las verdades que debe creer y los deberes que de los dogmas se desprenden.

Sabéis que de un siglo acá se ha pretendido fundar una moral, llamada independiente, desligada de toda creencia religiosa, y propia para los hombres de encontradas doctrinas y aun para los que de todo dudan y para los que en nada creen. ; Donosa enseñanza la de un catedrático de semejante moral ! “ Se ignora, dirá á sus discípulos, si Dios existe ; pero es obligación amarle sobre todas las cosas ;

su nombre es una palabra pasada de moda: *un vieux nom*, como blasfemaba Renán; pero debéis invocarlo como testigo de la verdad, y ¡ay de vosotros si cometéis el horrendo crimen del perjurio! Refrenad las pasiones, respetad la vida y la honra de vuestro enemigo, preferid la miseria al hurto ó á la usura, no mintáis jamás, aunque os cueste decir la verdad perder lo más amado; sed castos, sobrios, obedientes; y cuando salgáis de esta vida no aguardéis en premio de vuestras virtudes recompensa alguna.”

Queda, dirá alguno, la sanción de la ley; pero su espada hiere siempre á los malos vulgares, á los infelices, á los tontos; y á veces no tiene filo para los criminales poderosos, inteligentes, ricos. Otros filósofos—así se llaman ellos—creen suficiente sanción el interés privado, y prueban que es más feliz el hombre virtuoso que el esclavo de sus vicios y pasiones.

Mas como el goce es fenómeno subjetivo y personal, habrá tantas morales como gustos, y ya se sabe que *de gustibus non est disputandum*.

Si el maestro, para moralizar á sus alumnos, ha de enseñarles las verdades religiosas, es preciso que crea en ellas con fe sincera, honda, encendida; y así yerran los padres de familia que piensan tener á sus hijos recibiendo educación cristiana, porque les enseña el catecismo un maestro escéptico ó incrédulo. ¡Como si la enseñanza partiera de los labios y parara en el oído, y no fuera la comunicación del entendimiento que enseña con la dócil inteligencia que aprende! Muchas explicaciones os he hecho sobre la Mitología pagana, á fin de que entendáis los autores griegos y latinos; jamás me he parado á refutaros los dogmas gentílicos, y, sin embargo, os reís, como yo, de la existencia de Zeus y de Athene, de Júpiter y Minerva. Religión ó incredulidad se inculcan al niño en todas las enseñanzas de una escuela. Si en Aritmética aprende que el alma es cantidad; si en Gramática pone á Dios como ejemplo de sustantivo abstracto; si en Algebra confunde lo infinito

potencial con lo infinito en acto, lo tendréis materialista en flor, ateo en ciernes, panteísta en botón.

A la enseñanza de la fe ha de añadirse la formación moral del discípulo. Ya estudiaremos en su propio lugar y sazón el modo de lograrlo; aquí sólo me toca recordaros cuánto más eficaz es el ejemplo que las palabras para llevarse en pos de sí los corazones. El maestro que no lleve vida integérrima, que no posea las virtudes por ornato, nunca podrá dar á los demás lo que él no tiene. Y no creáis que baste con que el preceptor afecte dentro del claustro ó del aula una conducta severa en contraste con sus hábitos secretos; porque no hay precaución que le impida al hipócrita que asome la oreja del lobo bajo el vellón de la oveja; y porque los estudiantes poseen en perspicacia lo que les falta en ciencia y en aplomo.

Como el vencimiento total de las pasiones y la práctica de las virtudes sobrenaturales no pueden lograrse sin la gracia divina, y ella se comunica de ordinario por la oración y los sacramentos, preciso es que el maestro sea varón de piedad, consulte sus asuntos con Dios y con su propia conciencia, y derive de la frecuente comunión las luces y fuerzas que transmite Cristo á quien come su carne y bebe su sangre y mora en Jesús y Jesús mora en él.

La piedad del maestro es indispensable para que se grabe honda y duradera en el discípulo. De lo contrario el joven considerará las prácticas religiosas como meras formalidades del reglamento escolar, y pensará en dejarlas para siempre, con el trompo y el vestidito de marinero, apenas llegue á la edad adulta.

Es la primera virtud del maestro el amor á sus alumnos. No el que se funda en la natural simpatía que inspiran á ciertas almas el candor y las gracias infantiles; no el blando y afeminado, que se traduce en sonrisas y cariños; no el débil y cobarde, que ayuda á las faltas del inferior con la complicidad del silencio; sino el amor de la voluntad, fuerte, varonil, que ve en el discípulo, no sus cualidades

des ó atractivos, sino una criatura de Dios hecha á semejanza divina, un alma redimida con la sangre de Cristo, un miembro de la Iglesia, un futuro habitador del cielo; un apoyo de la sociedad, un ciudadano y gloria de la patria en lo por venir. No hay motivo humano, ni reflexión filosófica que haga á un maestro querer al alumno antipático, díscolo, inculto, con el mismo afecto que al niño dulce, cortés y obediente. Tal milagro sólo lo realiza el amor sobrenatural que se llama caridad.

Sin amor los sacrificios del magisterio son mayores que las fuerzas del hombre; sin amor no hay el celo ardiente por el bien de los niños; sin amor que irradia de la voluntad no hay medio de ganar las voluntades juveniles. Y sin amor igual para con todos los discípulos, vienen, aun sin pretenderlo, las preferencias injustas que anulan toda acción del maestro, esterilizan todos sus esfuerzos.

Entre las virtudes morales, enseña Santo Tomás, ciñe la diadema de reina la prudencia, directora y maestra de todas las demás. Es virtud intelectual en cuanto habitualmente nos hace sabedores de los medios más adecuados para llegar al fin; es moral en cuanto inclina á la voluntad á ponerlos por obra. Sin ella la justicia que premia se torna pábulo de vanidad; la que castiga, en crueldad y dureza de corazón. La fortaleza degenera en terquedad, la templanza en lento suicidio, la actividad en movimiento sin concierto, la gravedad en tiesura, la dulzura en melosidad, la franqueza en grosería, la cautela en mentiroso disimulo.

La prudencia del maestro tiene por base el conocimiento de los hombres, y sobre todo de los jóvenes; del medio en que va á enseñar, de la sociedad en que vive, del estado social y político del país en cada año, acaso en cada día. El maestro avezado adivina al discípulo desde que lo ve por vez primera. Hay que guardarse, sin embargo, de semejantes diagnósticos *a priori*. En diez casos, de cada cien, hay que rectificar después en bien ó en mal el juicio

preconcebido; y el institutor que se obstina en la impresión primera suele cometer los más deplorables desatinos.

En seguida la prudencia nos enseña á dudar en todo caso práctico. El que procede siempre de seguro, antes de estudiar las opuestas bases del problema, yerra en la mayoría de las veces. Pero, vistos por intuición ó estudiados por el raciocinio el pro y el contra, es preciso determinarse pronta y resueltamente. En ocasiones lo que se percibe claro es la necesidad de esperar. Entonces se determina rápida y eficazmente la dilación. Los espíritus indecisos, siempre fluctuantes, no sirven para el gobierno de un instituto educador.

Mas si ni la inteligencia, que percibe de un golpe la verdad, ni la razón, que adelanta por grados, nos dan la solución requerida, es preciso pedir consejo. Saberlo hacer es uno de los oficios principales de la virtud de la prudencia. Aquí, como en todo, hay culpables extremos y la virtud está en el medio. Las gentes indecisas de que antes hablé piden el ajeno dictamen á todas horas, en todas las circunstancias de la vida; y no se contentan con el parecer de uno solo, sino que solicitan el de muchos. Aquellos consejos distintos, á menudo contradictorios, les aumentan la perplejidad en lugar de calmársela. Otras personas hay llenas de juicio, pero cobardes ante la propia conciencia. Esas piden consejo á todo el que ven, hasta que encuentran quien les dé el que ellas tenían irrevocablemente resuelto. Se dan el gusto de engañarse á sí mismas; hacen su voluntad y se disculpan ante su propio tribunal con que fueron sumisas y obedientes al juicio del sabio.

El maestro prudente procede de otro modo: en los casos diarios y fáciles, cuando ve claramente su camino, no consulta, sino resuelve. En las circunstancias difíciles estudia y ora, y si percibe abierta la senda, entra por ella resuelto y sereno. Cuando, después de orar y meditar, la duda persevera, acude á quien tenga ciencia y práctica, pide consejo con sencillez de voluntad, y lo sigue sin vaci-

lación alguna. Y, en ocasiones, el institutor sabio y humilde no desdeña oír y aun solicitar el dictamen de sus inferiores. Con obedecer el grito de ; *agua á las cuerdas !* lanzado por un campesino romano, salvó Sixto V el Obelisco de San Pedro de hacerse añicos, y á muchos centenares de personas de perecer bajo la pesadumbre de aquella mole de granito.

Cuando vosotros seáis jefes de una escuela ó colegio, y alguno de vuestros inferiores se permita, con el debido respeto, aconsejaros en un caso particular, oíd con benevolencia y atención el dictamen que os brinda. Si fuere inaceptable, respondedle que ya esa solución se había presentado á vuestro espíritu, y que, después de pensar en ella, le habéis hallado inconvenientes insuperables. Si el consejo fuere digno de meditar, decid á quien lo da que lo tendréis presente, y si lo encontráis bueno, seguidlo; sin que os mueva á rechazarlo el mal entendido puntillo de no dejarnos gobernar de nadie. El maestro con lo que pierde autoridad es con mostrarse perplejo y azorado y con discutir los inconvenientes y ventajas de una resolución con los alumnos ó en su presencia. Pero que ellos adviertan que el superior está madurando su juicio, lejos de quitarle la autoridad, se la da ó se la aumenta á los ojos de los educandos.

Una vez promulgado un precepto, es preciso sostenerse en lo dispuesto y hacerlo obedecer. Las leyes que se promulgan y no se cumplen relajan toda disciplina y anulan el prestigio del que manda. Mas si advirtiere que ha dado una disposición injusta ó gravemente nociva á la comunidad, no vacile en revocarla, que con ello ganará autoridad en lugar de perderla; ya que en lo sucesivo el no derogar lo prescrito será para los discípulos señal de que está persuadido de la razón que lo asiste.

La justicia es el alma, la forma sustancial de todo gobierno, y es virtud moral que inclina la voluntad á dar á cada uno lo que es suyo: *al César lo del César y*

á Dios lo de Dios, según la palabra de Jesucristo mismo. La falta de justicia es la causa principalísima de los infortunios que azotan á sociedades y á naciones. Honradez no es otra cosa que justicia; y no es honrado sólo el que no arrebató lo ajeno, el que paga sus deudas el día del plazo, sino el que llena todos sus deberes con Dios, con la sociedad, con la patria, con sus semejantes. El que recibe un sueldo, y no desempeña su empleo estrictamente, no es honrado; ni lo es quien falta á la palabra empeñada, ni quien descuida las necesidades graves del prójimo, ni el que olvida sus deberes de religión para con Dios.

Ya os diré el modo de practicar la justicia, cuando, en la tercera parte de mis lecciones, os hable sobre las relaciones del maestro con los discípulos, sobre el régimen escolar; sobre estímulos, premios y castigos. Ahora sólo me corresponde deciros que sin esta virtud, todo esfuerzo que hagáis para educar, resulta estéril. En un momento dado, una injusticia puede libraros de una dificultad, pero á la larga, será como los préstamos que consiguen los arruinados: sólo les sirve para hacer más irreparable la quiebra. Y la justicia es más necesaria en el maestro que en cualquier otro superior. Los adultos, á fuerza de hacer y padecer contra derecho, llegan á desvirtuar la noción de la equidad; los niños, los jóvenes con el alma virgen de prácticas utilitarias, son inflexibles en materia de justicia. Una sola falta contra esta virtud de parte del superior, les deja en el alma una herida que nunca cicatriza. He visto hombres avezados á las luchas tempestuosas de la política y del mundo narrar, sonriendo, las atrocidades que se han cometido contra ellos; y al recordar la vida del colegio, palidecer y conmovirse al recordar una injusticia del maestro.

Dijimos que nuestro amor ha de ser, no blando, no femenino, sino varonil y fuerte. ¿Cuál es la condición que falta más en Colombia? Preguntadlo á quien estudie y medite, y os responderá: el carácter. Pero carácter no es otra cosa

que la práctica habitual de la fortaleza. Sólo que suelen llamarse carácter la terquedad, la agresión, la grosería, la cólera; tanto que ya decir en Bogotá que un hombre es de carácter, casi equivale á afirmar que lo tiene insoportable y pésimo. La fortaleza tiende á superar los obstáculos que se oponen al cumplimiento del deber y á los fines honestos que el hombre se propone, y tales obstáculos están con mayor frecuencia dentro de nosotros que afuera. Así, fortaleza es callar, es perdonar la injuria, domar la ira; fortaleza es aguardar, desistir, retroceder, arrepentirse, como que para todo ello se requiere un triunfo sobre las pasiones rebeldes de la carne y del espíritu.

La fortaleza doma y dirige los apetitos irascibles, que son el principal resorte de la voluntad. Pero si la ira contenida y dirigida sabiamente, es principio y motor del humano albedrío, como el vapor lo es de la locomotora y del barco, la misma ira, no enfrenada y sin diques, es síntoma y origen de debilidad y acaso la peor de las malas condiciones de un maestro: así, el vapor que no sale regularmente por tubos y válvulas, ó hace estallar la caldera, ó le quita toda fuerza á la máquina. La pasión irascible convertida en energía igual, mansa, reflexiva, todo lo supera. Cuando estalla, hace al maestro cometer injusticias, pronunciar palabras descompuestas, excederse en la represión y el castigo. Pasado aquel hervor, viene una reacción moral y física de cansancio, debilidad, remordimiento; y ella trae consigo condescendencias injustificadas, retractaciones humillantes. Los discípulos tienen en el entrecejo del maestro un barómetro que les indica hasta dónde pueden atreverse; se recogen cuando ven señales de tempestad; sueltan todo freno apenas advierten indicios de bonanza.

Así como la fortaleza rige el apetito irascible, la templanza modera, conforme á la recta razón, las pasiones concupiscibles. No me detendré á hablaros de la sobriedad y la pureza; á ellas se aplica lo dicho sobre la vida

irreprensible del maestro. Hablaré sobre las aplicaciones de la virtud citada, que son menos claras y evidentes.

Empiezo por la templanza en el hablar. Quien mucho habla, mucho yerra, dice un proverbio castellano. Una de las causas de la intemperancia del lenguaje, es la vanidad, el celo por el culto idolátrico del *yo*. El maestro, dominado por esta tonta flaqueza, vive hablando incesantemente de sí, de lo que hizo, de lo que intenta, de lo que cree, de lo que ama, de lo que odia. Piensa en voz alta. Es una fortaleza circuida de muros de vidrio.

El director vanidoso y exuberante en hablar está á merced de sus subordinados y de sus alumnos. ¿Quiere uno de ellos saber los proyectos del Rector? Le dice que se le está atribuyendo tal ó cual designio descabellado. No se requiere más para que el otro se abra de par en par, y deje planes que deberían ser reservados, á merced de todo comentario y toda discusión. ¿Pretenden los subordinados que castigue ó perdone, que reprima ó conceda en algún caso? Suponen que no lo hará por impericia, ó por debilidad de carácter, ó por cualquier motivo menos digno; y entonces el otro declama, se ensalza, hace gala de independencia y se deja llevar á donde sus inferiores lo conducen.

Lo dicho no obsta para que el maestro haga conocer de antemano á sus subordinados y alumnos algún proyecto sabiamente maduro, y resuelto de manera definitiva. Será útil hacerlo, para evitar las sorpresas y choques que ciertos actos producen si se realizan de improviso; para lograr el auxilio de los demás; para mantener fija en el futuro progreso la atención de los jóvenes; para que la seguridad de mejorar los mantenga listos y contentos. Cuando sea tiempo de hablar y cuándo tiempo de callar, es cosa que toca á la prudencia, sin dejar que influya la vanidad.

Otro extremo reprensible es el del superior habitualmente taciturno, con aire de estar siempre guardando importantes secretos, avaro de palabras, con estilo de sibila

impenetrable; y el del maestro doble en su conducta, tortuoso, de frases enigmáticas, amigo de rodeos y de ir de un punto á otro por el camino más largo. Sed, como hombres y como maestros, prudentes como serpientes y sencillos como palomas, según el precepto del Evangelio.

La diligencia, que se opone á la pereza y á la ociosidad, es otra de las virtudes que deben brillar en el maestro. La actividad verdadera va acompañada del reposo y la paz; se asemeja á la voluntad divina que todo lo mueve, permaneciendo eternamente inmóvil. Para lograr la tranquilidad en el movimiento, se necesita el orden. El superior sin regla, sin método, se agita á sí mismo, sin imprimir impulso á los demás. El jefe del colegio ó de la escuela debe saberlo todo, vigilarlo todo, dirigirlo todo, pero no pretender hacerlo todo. Ha de ser el alma del instituto; y el alma, os ha enseñado Santo Tomás, informa y vivifica todas las partes del cuerpo. Pero ella ve por medio del ojo, oye por el oído, palpa con la mano, imagina por medio del cerebro; sin perjuicio de ejercer por sí sola sus más importantes funciones: las del entendimiento y la voluntad.

El director que pretende rendir por sí toda la tarea escolar, se mata por exceso de trabajo, mientras sus inferiores huelgan; no concluye nada por abarcarlo todo; pierde el respeto de los discípulos, deja de ser poder moderador entre pasantes y alumnos; no tendrá sucesor que siga sus tradiciones y métodos el día en que se aleje definitivamente de la escuela; y no podrá ausentarse de ella ni un día, ni una hora, sin comprometer gravemente el orden y la disciplina.

Hay un vicio, por desgracia dominante en nuestro siglo, que no dejará al maestro, si de él se dejare gobernar, cosechar fruto abundante de sus labores y desvelos, y es la codicia de lucro y de ganancia. No pretendo que el institutor seglar observe la pobreza evangélica del religioso, ni aun el desapego del dinero que tanto realza al simple

sacerdote. Si el preceptor es padre de familia, si aún no lo es pero ha de casarse más tarde, no sólo tiene el derecho sino el deber de procurar, con trabajo honrado y generosa economía, formar un capital para sí y para su familia. No es eso lo censurable: es poner en el dinero el fin último de la existencia; es considerar el magisterio sólo ó principalmente como negocio; es vender la enseñanza, cometiendo una acción parecida, en lo humano, á la simonía en lo divino, ya que la ciencia es dón espiritual de Dios; es sacrificar á la mayor ganancia personal el bien de los alumnos y el porvenir del instituto.

Por tal motivo, para no poner al maestro en semejante tentación, para darle la respetabilidad é independencia que merece y necesita, es preciso que el magisterio esté amplia y generosamente retribuido.

Finalmente, el institutor debe vivir alejado del bullicio del mundo; pero no tanto que pierda el contacto con la sociedad en que vive, y de la cual necesita para granjearse simpatías y apoyo, para no perder los hábitos urbanos, para estar al corriente de los peligros de que ha de precaver á los discípulos y para procurarse él mismo honesto recreo y el descanso necesario para no sucumbir bajo el peso de las labores escolares. Lo demás que pudiera decirse sobre las cualidades morales del maestro, irá apareciendo cuando hablemos del instituto docente y de los métodos.

R. M. CARRASQUILLA

EL RÁDIUM Y SUS PROPIEDADES MARAVILLOSAS (1)

PRODUCCIÓN CONTINUA DEL HÉLIUM POR LA DESINTEGRACIÓN
DEL RÁDIUM

El estudio de esta transformación es de grande importancia en la actualidad, tanto por ser un hecho nuevo en la ciencia, como porque sobre ella está fundada la explicación